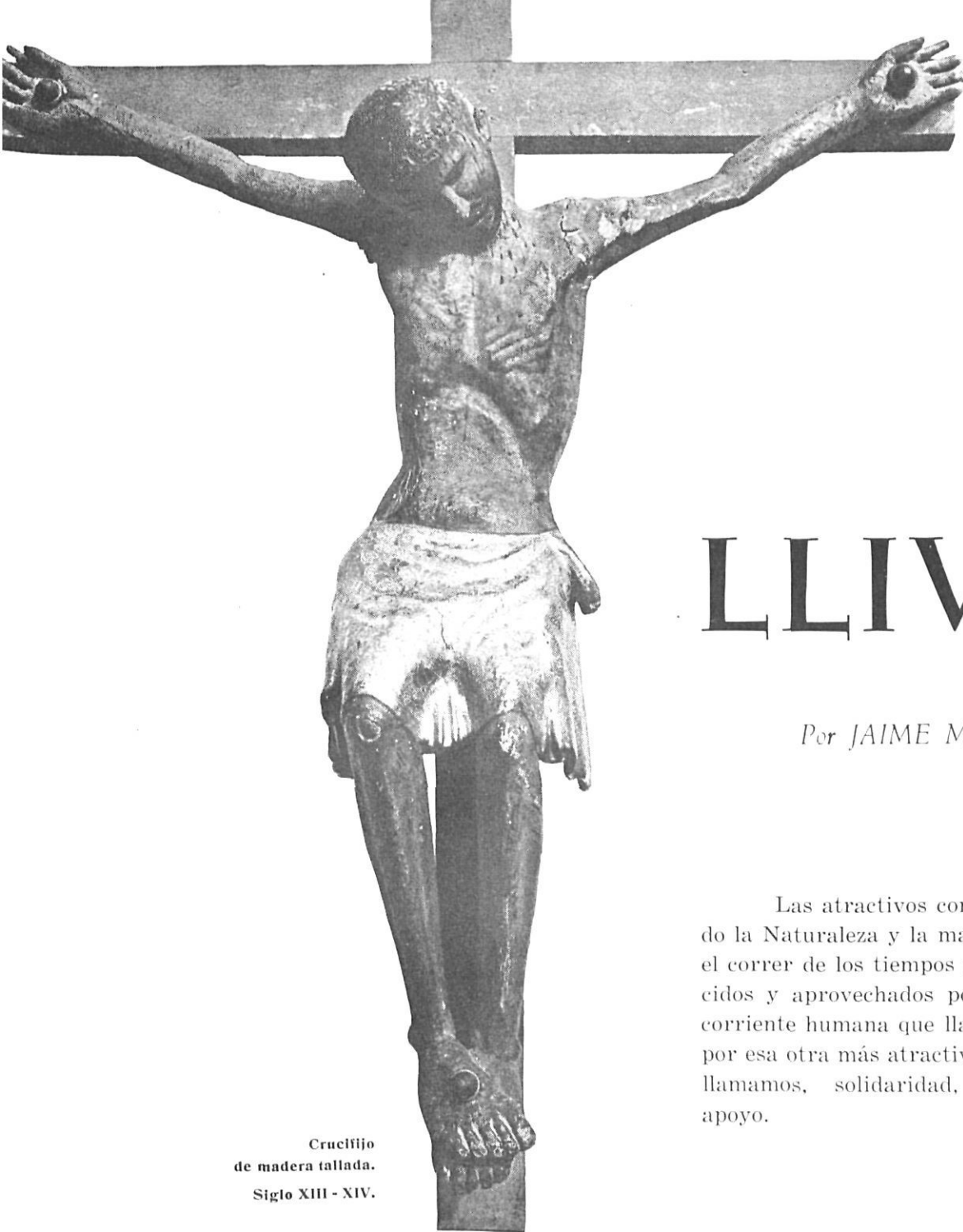




Crucifijo
de madera tallada.
Siglo XIII - XIV.

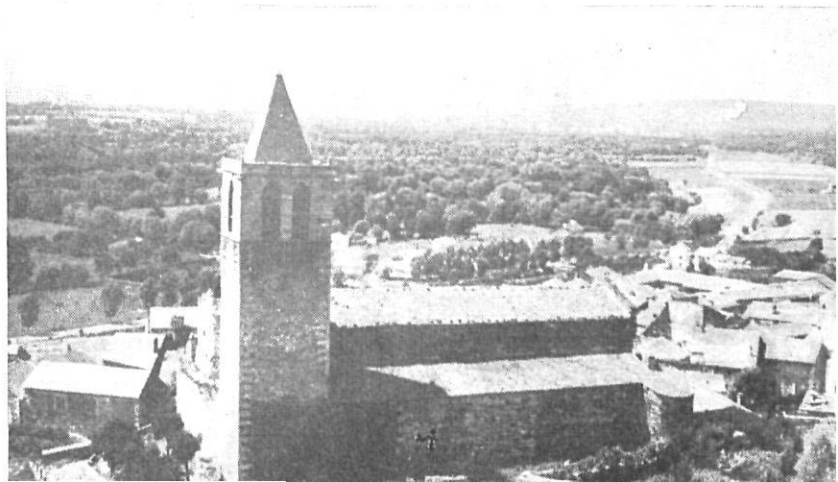
LLIVIA

Por JAIME MARQUÉS, Pbro.

Las atractivos con que la han dotado la Naturaleza y la mano del hombre en el correr de los tiempos merecen ser conocidos y aprovechados por el fluir de esa corriente humana que llamamos *turismo* y por esa otra más atractiva y espiritual que llamamos, solidaridad, comprensión y apoyo.

Iglesia parroquial de Llivia,
vista desde el Castillo.

LLIVIA
ES UNA VILLA
ENCANTADORA



Porque Llivia es ante todo un pedazo de tierra española y gerundense, siempre fiel a la madre Patria, enclavada en territorio ajeno por desafortunados acuerdos de los hombres, como un faro situado en un islote, que va difundiendo silenciosamente en torno suyo un mensaje de paz.

Llivia no es conocida de los gerundenses de las tierras bajas. Tenemos de ella una vaga noticia. Sabemos que es un *enclave* perteneciente a nuestra provincia, al cual se puede ir pasando por territorio francés sin necesidad de proveerse de pasaporte en regla; una villa de un millar escaso de habitantes, antigua capital de la Cerdaña, y pocas cosas más. No vale, a primera visita, el esfuerzo de recorrer los 165 kilómetros de ida y otros tantos de regreso, que exige a los gerundenses la visita de aquella interesante villa.

No obstante, muchos extranjeros han de arrastrar mayores dificultades para admirarla, y se dan por muy bien pagados del esfuerzo. Porque Llivia compensa con creces las dificultades de acceso.

No vamos a describir los méritos de Llivia en todos sus aspectos, como haríamos si nuestro propósito fuera escribir una guía turística del lugar o de la comarca; aunque merecería la composición de un libro entero que resaltara su historia, su tipismo, sus paisajes, su folclore; porque Llivia es una población diferente de las demás.

UN POCO DE HISTORIA

Llivia tiene una historia muy larga y muy densa, y no vamos ahora a narrarla detalladamente. Acaso no emprenderíamos un viaje a la antigua capital de Cerdaña para escarbar en las cuevas prehistóricas de “Les Encantades” o en las “Tutas de la Fou de Bor”, o de “Lambert”; en las cavernas de “Anás” o de “Olopte”; ni para contemplar sus dólmenes y sus hachas neolíticas; pero una vez llegados a ella, gusta saber que ya los hombres primitivos habían recorrido un itinerario semejante al nuestro con mayores dificultades, en busca de los alimentos y del clima de que allí gozar podían.

Tampoco constituiría un motivo de atracción para muchos el hecho de que los celtas establecieran allí una tribu y dieran nombres de sierra o de roca, KER, en su lenguaje, a gran número de lugares típicos como *Quer*, *Quera*, *Ques*, *Quer-alt*, *Querol*, *Querlit*, *Es-querres*, y aún la misma comarca recibiera el nombre de *Kerretania*, de donde Cerdaña, y el nombre primitivo de su capital fuera KERRE, cuyos nombres son considerados justamente de raíz celta.

Los hallazgos de cerámica hallstática y posthallstática que en las cercanías del castillo, se han realizado, demuestran que los celtas fueron la base de la población desde unos ochocientos años antes de Jesucristo hasta que los romanos establecieron allí su residencia.

Unas monedas ibéricas allí encontradas dan fe de que también los íberos, moradores de las tierras bajas del levante español, hacían por allá sus excursiones aprovechando las estaciones benignas para comerciar un poco y tomarse unas vacaciones; pero sin dejar huellas de su estancia en aquellos elevados parajes.

Incluso Aníbal supo que Llivia era un excelente paso de los Pirineos en dirección a la Galia y a Italia, y por allí hizo pasar por lo menos parte de su ejército, que hubo de vencer la resistencia de los *ilergetas* o leridanos, *bargusios* o habitantes de Berga, y los *ausetanos* o vicensenses de los valles pirenaicos.

Pero los verdaderos forjadores de la grandeza de Llivia fueron los romanos. Enterados éstos del excelente camino natural de comunicación entre Francia y España que hay en el alto valle del Segre, construyeron en él la famosa “strata ceretana”; establecieron allí un *castrum* o poblado fortificado; le dieron un nombre nuevo de cuyo latino: *Iulia Lybia*, en obsequio a



Fachada de la Iglesia Parroquial.

Julio César, el cual le obtuvo el privilegio de ciudad de *derecho latino*; enseñaron a sus habitantes un lenguaje cadencioso y elegante, unas leyes justas y universales, y los enrolaron en una empresa de imperio universal.

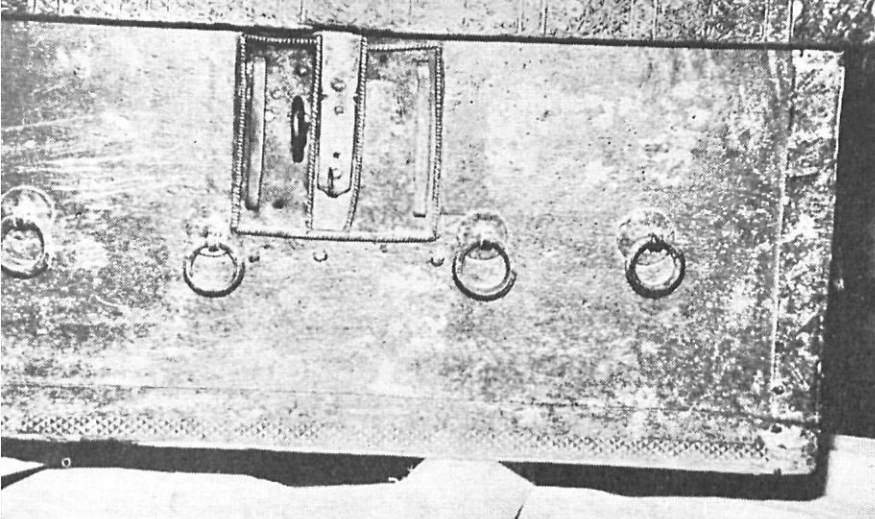
Poco a poco, sus antiguos moradores se desprendieron de su carácter tribal y aceptaron la civilización latina, que más tarde fue sublimada por las esencias espirituales del cristianismo, el cual tempranamente arraigó en aquellas tierras. Las numerosas monedas romanas imperiales, aras votivas, molinos de mano, *cerámica sigilata* y un sepulcro cristiano dan fe de la importancia que tuvo en época romana.

Los visigodos la apetecieron igualmente y dieron nombres sonoros a los colonos allí establecidos; trajeron una nueva inyección de sangre indoeuropea a nuestras comarcas; hasta que los árabes llegaron a ella, y su caudillo, prendado de la princesa goda Lampegia, quiso tomarla por mujer, mereciendo el castigo de Seit Otmán, según refiere la leyenda inmortalizada por Jacinto Verdaguer.

Al principio de la Reconquista, el recinto urbano de Llivia fue fortificado con el castillo, a cuya vera se cobijaron los moradores del valle por razones de seguridad; los condes de Cerdeña la hicieron capital de su condado; después, Jaime I el Conquistador, en 1257 autorizó la edificación en el llano con la condición de no abandonar ni negligir la conservación del castillo.



Cruz procesional de plata. Siglo XVI.



Caja metálica del Ayuntamiento. Siglo XIII y Privilegio real, en el archivo municipal.



Más adelante, la población fue creciendo en importancia y adquirió derechos de pastoreo sobre las tierras colindantes; elaboró un derecho consuetudinario peculiar, refrendado por importantes documentos reales y por la jurisprudencia de los tribunales, y logró de la autoridad de Carlos I de España, el Emperador, el título honorífico de villa en el año 1528.

Es tradición que este título de villa salvó a Llívia de ser anexionada a Francia cuando el tratado de los Pirineos en 1659. En efecto, se había convenido en el tratado de la Isla de los Faisanes que treinta y tres pueblos de Cerdeña pasarían al dominio francés. Y no siendo *pueblo*, sino *villa*, en ulteriores negociaciones a lo largo del año 1660, pudo sostenerse la conservación de Llívia bajo la soberanía de España y la constitución del enclave actual con derecho de comunicación con las tierras colindantes y sobre todo el derecho de pastoreo sobre las dehesas del Carlit, que todavía es una nota típica de la comarca.

MONUMENTOS

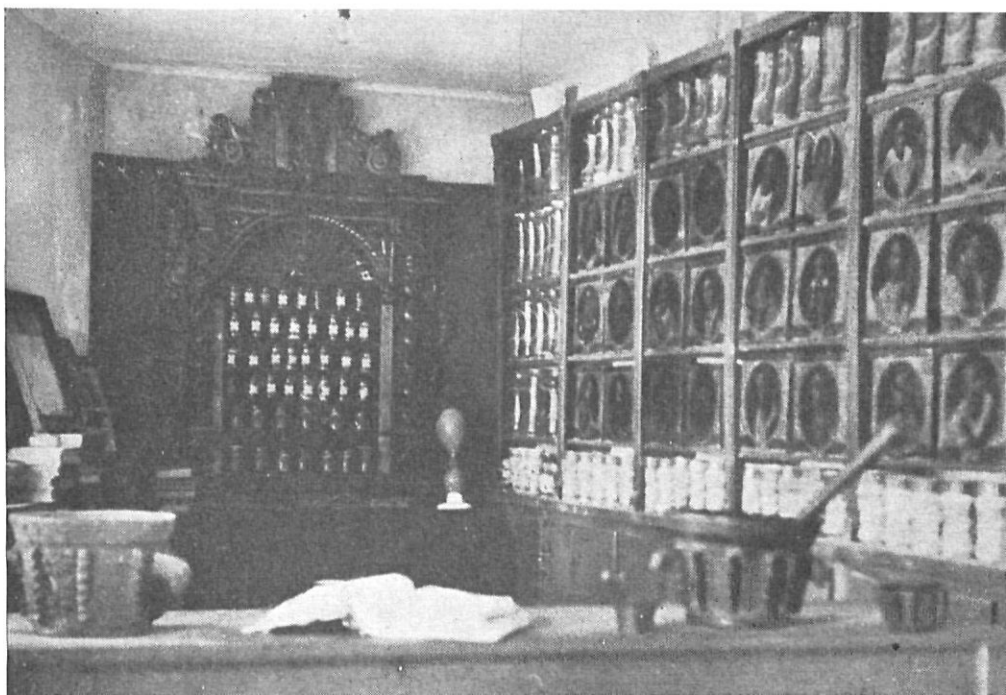
Lo primero que sorprende al visitante de la población, es el carácter de fortaleza que reviste la iglesia parroquial. Dos torres truncadas, adosadas a la fachada del templo, y otra torre cilíndrica, como las anteriores, exenta, situada en el extremo sudeste del antiguo recinto cementerial, atestiguan la importancia estratégica de esta población, que guarda el paso del alto valle del Segre. La última de las torres indicadas fue durante siglos el local del Ayuntamiento de la villa, y en ella puede admirarse una caja o arca metálica de los siglos XIII y XIV, decorada con ramajes de estilo de transición entre el románico y el gótico, y con un escudo en cuyo campo figura un *roque*, símbolo tal vez, de familia del donante.

El conjunto monumental del edificio descrito data de los tiempos de Jaime el Conquistador, pero la iglesia fue reconstruida y ampliada en el siglo XVI. Queda del templo primitivo una pila bautismal formada por un bloque de piedra de forma circular, cuya copa se apoya sobre un pie cilíndrico de la misma piedra. Es interesante también el antepecho del púlpito, de madera pintada, que puede datar del siglo XVI o del XVII. El retablo mayor fue destruido en el año 1936; pero gracias a la munificencia del canónigo de Barcelona Dr. Despujol, se ha recompuesto y adaptado a la capilla otro retablo barroco dedicado a Ntra. Sra. de los Angeles, adquirido por aquel insigne prebendado, gran protector de la parroquia. Actualmente se está trabajando en el dorado del retablo de San Guillén, ermitaño y abad, cuyas reliquias se guardan en una urna colocada en el centro del retablo, de reciente construcción, emplazado en la primera capilla del lado del evangelio a partir del presbiterio. Este santo ermitaño murió y fue sepultado en el lugar de Alf, por donde pasaba peregrinando hacia Santiago de Compostela. Los restos fueron trasladados más tarde a la iglesia de Llivia. La fiesta de este santo se celebra el tercer domingo de junio.

EL TESORO PARROQUIAL

Debemos al celo del Rvdo. Celso Durán cura párroco de Llivia, la instalación del pequeño, pero valioso tesoro parroquial, en las vitrinas de la sacristía. Las piezas principales son una cruz procesional de los siglos XVI o XVII, de plata, de bella factura y excelente conservación; una capa pluvial, regalo del emperador Carlos I de España, bordada en seda y oro, cuyo centro contiene la escena de una aparición de la Virgen; dos dalmáticas de seda bordada en oro, del siglo XVII; algunos cálices y relicarios también dignos de admiración. Merece recensión especial un crucifijo de madera procedente de un grupo escultórico venerado en la iglesia del Castillo, que data del siglo XIII o del S. XIV. Es una imagen serena y humana de gran calidad artística. La capa y las dalmáticas fueron salvadas y conservadas en la Santa cueva de Manresa durante los años 1936 a 1939.

Los documentos hablan de la existencia de una imagen románica de Ntra. Sra. de la Gracia, venerada antiguamente en la iglesia del Puig o del Castillo, y después trasladada a la iglesia del llano. También consta la existencia de un grupo escultórico de la Dormición de María, pero todo ello se ha perdido para la piedad y el Arte.



Farmacia. Siglo XV.



Retablo mayor. Imagen de Ntra. Sra. de los Angeles.

FACHADA PRINCIPAL

La ampliación de la iglesia verificada en el siglo XVI dejó su huella en la fachada, de estilo clasicista greco-romano inclinado ya al barroco. Consta de un frontón sostenido por dos cuerpos de columnas superpuestas con capiteles de orden corintio. Pero las hojas de la puerta fueron adornadas con las espirales de hierro forjado, sacadas de otras puertas primitivas de estilo románico, si bien les dieron distinta colocación para que semejaran un florero o árbol en cada uno de los batientes; gracias a cuya ingeniosa combinación, se salvaron de la destrucción o pérdida y así han llegado hasta nosotros.



LA FARMACIA

Frente a la iglesia parroquial y a la torre que fue sede del municipio lliviense, se ha construido el nuevo edificio de las Casas Consistoriales. Al cabo de éstas, con puerta independiente, hay un local destinado a la exhibición de una joya particular de Llivia: la viella botica o farmacia, tenida como la más antigua de Europa, que data del siglo XV. La disposición del local afecta la forma de un triángulo truncado por el vértice, y un mostrador colocado en su base permite abarcar el conjunto con un golpe de vista. En la pared del fondo está colocado un

Tesoro de la Iglesia Parroquial. Dalmática siglo XVII.

Iglesia Parroquial. Urna de San Gullén.



armario con bella decoración de columnas salomónicas, que contiene una colección de *albarellos* o bode farmacia, de cerámica moruna, cuya polieromía incrustada al fuego conserva todo su fascinante colorido.

A la derecha del espectador hay una serie de cajones pintados en la superficie delantera, que reproducen las figuras de los más insignes personajes del mundo de la medicina, perfectamente conservados hasta hoy.

EL NUEVO AYUNTAMIENTO

A partir del año 1954 Llívia ha empezado a renacer de su abatida grandeza, gracias a las construcciones realizadas a cargo del Ministerio de Obras Públicas, regido entonces por el Excelentísimo Conde de Vallellano. La más interesante para el turista es la típica Casa Consistorial. En su Archivo se exhibe el famoso *Llibre Ferrat*, que es un cartulario con hojas de pergamino y cubiertas de madera claveteada, de donde el nombre de *Llibre Ferrat*. En él están copiados los principales privilegios, costumbres y leyendas de la villa.

Contiene además una valiosa colección de pergaminos con sendos privilegios de los monarcas de la corona de Aragón, como Jaime I, Jaime II, Martín el Humano. Pedro el Ceremonioso, Fernando el Católico, y de los reyes de España, como Carlos I, Felipe II, Felipe III, Felipe IV. Casi todos se hallan en buen estado de conservación y algunos mantienen el sello real en lacre encarnado, pendiente todavía del pergamino.

EL CASTILLO

Hemos reservado para el final de esta descripción de las maravillas de Llívia la reseña de las ruinas del castillo, que fue el primer núcleo de población lliviense. La dificultad del ascenso a la cumbre del monte por ásperos senderos queda compensada por la fruición histórica de aquellas ruinas y por la espléndida panorámica del valle que des-



Ruinas del Castillo.

de ellas se divisa. Del castillo se conservan las bases de unas torres cilíndricas donde se aprecia todavía la estructura parecida a la espiga de trigo o espina de pescado, técnicamente llamada *opus spicatum*, que evoca el arte autóctono del período prerománico de nuestra arquitectura. Los segmentos de muro que unen los torreones angulares, están bien marcados todavía, de modo que no sería difícil para un técnico trazar la planta de aquella vieja fortificación. En el declive del monte se percibe también la base de los baluartes que antaño defendían, a trechos, el acceso a la ciudadela.

Lo demás hay que adivinarlo por la situación de las ruinas. La cisterna que todavía conserva agua, utilizada ahora para abreviar los rebaños, nos habla de las escaseces que en el castillo debieron de sufrir los llivienses en tantos asedios como en su historia de fidelidad a la soberanía de España han soportado sus moradores. En la cesión de las pretensiones sobre Llívia los representantes franceses pusieron por condición que nunca más la villa sería fortificada. Aunque no esté vigente tal condición, ella revela el interés que en aquellos tiempos tenía la plaza fuerte de Llívia.



EL PAISAJE

A los pies del monte junto a la iglesia parroquial destaca la masa grisacea de la antigua población medieval. Sus casas cubiertas de pizarra, conjugan con el verde del valle y el ocre de sus montes iluminados por el sol. Más abajo, la villa moderna con sus muros blanqueados, los mostradores de sus tiendas, la policromía del atuendo veraniego de los visitantes, la línea elegante de los nuevos grupos de viviendas, el bullicio de la muchachada en las nuevas escuelas municipales, el fluir de la circulación por la espléndida carretera que atraviesa el valle; la línea tortuosa del arbolado que señala el curso del alto Segre; los valles que indican el curso de los ríos Egat y Err, y los arroyos Rivals y Estahuja, y en la lejanía, la silueta recortada de los montes de Carlit, Cadí, Tossa y Puigmal, con Puigcerdá en primer término, constituyen un espectáculo inolvidable para quien sepa captar en su retina o en su cámara fotográfica el encanto de aquel paisaje singular. El *Castell de Llívia* es el mejor mirador de todo el término municipal y aún de la Cerdaña francesa.

La visión de ese paisaje invita a realizar una serie de excursiones hacia cada uno de los lugares descritos, para gozar de cerca del encanto de su paisaje y de su historia.